

La utópica palabra universal

Alejandra Gómez Medina*

Desde el comienzo del ensayo “El idioma analítico de John Wilkins”, Borges advierte que la labor de Wilkins es, guiado por su curiosidad, aventurarse a una posibilidad: “[...] los principios de un lenguaje mundial”.¹ Aparentemente, Borges celebra la especulación de John, mas, por medio de los aspectos que le aplaude, termina por hacer evidente los errores de la propuesta y enterrarla en el cementerio donde yace la enciclopedia china *Emporio celestial de conocimientos benévolos*. Por lo tanto, no se puede decir que la intención de Borges sea enaltecer el nuevo idioma, pues en realidad es una manera nostálgica de expresar el fracaso del hombre en sus esfuerzos por nombrar lo inefable.

La premisa de la que parte Borges es: “todos los idiomas del mundo [...] son igualmente inexpressivos”,² por ello considera una falacia tratar de calificar a una palabra como expresiva, pues en realidad ninguna es más competente que otra. Sin embargo, se aventura a examinar el idioma analítico de Wilkins, que pretende ser análogo no sólo en un nivel objetivo, sino también en el subjetivo, pues, ambiciosamente, desea alcanzar los pensamientos humanos. La excursión de Borges comienza en la base del idioma: la división del universo.

El método empleado por el escritor argentino para echar un vistazo en el idioma de Wilkins, es paralelo al que utiliza Platón en *Cratilo*, cuando reflexiona sobre el lenguaje. El primer paso es desmenuzar el idioma en una especie de etimología, pues Borges brinda el origen de cada palabra propuesta por Wilkins, es decir, da la razón de existencia de cada grafía: “Dividió el universo en cuarenta categorías o géneros, subdivisibles luego en diferencias, subdivisibles a su vez en especies”.³ Al estilo de Platón, Borges apunta a la arbitrariedad del idioma. Paradójicamente, para poner de relieve esto, Borges afirma que las palabras propuestas en el idioma de Wilkins “no son

torpes símbolos arbitrarios”,⁴ pero, es evidente que cada letra que compone una palabra del idioma analítico es totalmente arbitraria, pues la información a la que hacen referencia fue acuñada de manera caprichosa. Por lo tanto, en el idioma de Wilkins, al igual que en cualquier otra lengua, reina la arbitrariedad. Es la necesidad humana de motivación —justificar una lengua— lo que lleva a recurrir a la arbitrariedad, pues es bien sabido que “entre éste [el signo lingüístico] y la realidad a la que hace referencia no hay relación natural”,⁵ porque simplemente, lo que sucede en el lenguaje es sólo eso: lenguaje, y nada tiene que ver con la realidad a la que trata de imitar.

Sin embargo, en el ensayo deja de hablarse de arbitrariedad en la relación presente entre significado-significante, pues el significado de un signo no puede ser independiente de su significante, ya que fueron constituidos al mismo tiempo, es decir, en el momento en que se constituyó el concepto, el signo unió un significado y un significante, pero no un nombre y una cosa.⁶ Sólo esta última relación es arbitraria. El problema de la arbitrariedad en el idioma analítico, es que Wilkins le quita esta apariencia cuando le acuña un significado a determinada forma, y la relación entre uno y otro la convierte en norma, sin posibilidad de variar. En palabras de Saussure, la arbitrariedad “pone a la lengua al abrigo de toda tentativa que pueda modificarla”,⁷ esto es porque la comunidad hablante no cuestiona los signos elegidos para formar parte de la lengua por el simple hecho de que cada signo no posee una base “razonable” que pueda ser discutida, pero el idioma de Wilkins trata de imponer esa base, esa norma que puede ser cuestionada y la cual termina por derrocar la nueva propuesta.

Por otra parte, las características del idioma de Wilkins lo hacen imposible de llevar al acto comunicativo —ya sea

El signo lingüístico es tan vasto y complejo como el universo al que intenta referir, ya su definición lo advierte: “un hecho perceptible que nos da información sobre algo distinto de sí mismo”.

por medio del habla o la escritura—. El problema principal radica en saber si el idioma con todo y sus categorías y reglas sintácticas logra expresar la estructura misma del pensamiento. La experiencia nos muestra que pese a todo, lo pensado no se conocería sin expresión por lo que el signo lingüístico no puede librarse de la imaginación, de su posible relación con alguna onomatopeya, con la aparente derivación y, sobre todo, de la etimología popular. Evidentemente la única manera de mantener un signo lingüístico en su estado “puro” es evitar la relación de éste con el hablante, pero entonces perdería su sentido la creación de un nuevo idioma, ya que al volverlo objeto de uso de un grupo reducido y seleccionado de sujetos, tendería a desaparecer, obviamente, la posibilidad de ser un idioma y se convertiría en mero tecnicismo.

Por lo tanto, la lengua común sigue estando por encima de este idioma analítico, pues para el hablante no es práctico, ya que es más particular y menos abstracto. Incluso, no admite ayuda del contexto, que en la lengua común es “el marco de referencia con respecto al cual los signos adquieren un significado determinado”.⁸ Además, tal como señala Raúl Ávila, para que un hablante tenga que usar una palabra diferente para cada concepto y aprender las 40 categorías propuestas por Wilkins con todo y las subcategorías de las subcategorías, sin duda, le haría falta la memoria de varios elefantes.

Borges sabe que el lenguaje no es tan sencillo como para proponer de un día para otro un nuevo idioma que cumpla satisfactoriamente con la necesidad humana de comunicación, pues si éste no es el principal objetivo de aquel que se aventura a diseñar un nuevo sistema comunicativo, entonces para qué intentarlo. El signo lingüístico es tan vasto y complejo como el universo al que intenta

referir, ya su definición lo advierte: “un hecho perceptible que nos da información sobre algo distinto de sí mismo”.⁹ Esa analogía que el signo intenta establecer lo vuelve aún más complejo y es sólo la convención y el uso los que validan ese carácter. Por lo tanto, es demasiada venturosa la propuesta de Wilkins, tanto que Borges la cataloga como caos, pues quizá el mismo ánimo que lo movió a crear un nuevo idioma es el mismo del enciclopedista chino que catalogó y dividió el universo.

Finalmente, al igual que Platón, Borges busca la verdad fuera del lenguaje. Al reconocer las arbitrariedades de Wilkins, Borges acepta que toda división y subcategoría hecha del universo es arbitraria y conjetural, y la razón es simple: no se puede nombrar algo que ni siquiera se sabe qué es realmente. ¿Universo?, es demasiado pretencioso tratar de encajillarlo, peor aún, desconocer un significado objetivo de éste y suponer, intuitivamente, que está unido y, por lo tanto, atreverse a dividirlo. Al buscar el principio del universo que Wilkins trata de dividir, Borges advierte un origen posiblemente divino, es decir, inexplicable. Por ello, al aceptar su existencia es necesario buscar el propósito de ésta, buscar dentro del “diccionario secreto de Dios”, lo cual evidentemente es imposible.

* Estudiante de la Licenciatura en Literatura Hispanomexicana de la UACJ.

¹ Jorge Luis Borges, “El idioma analítico de John Wilkins”, en *Obras completas*. Emecé editores, Buenos Aires, 1974, t. I, p. 706.

² *Idem.*

³ *Ibid.*, p. 707.

⁴ *Idem.*

⁵ Raúl Ávila, *La lengua y los hablantes*. Trillas, México, 2009, p. 22.

⁶ *Ibid.*, p. 24.

⁷ *Idem.*

⁸ *Ibid.*, p. 29.

⁹ *Ibid.*, p. 13.